

*A mi abuelo, Raúl Zamorano.
Archivero y corrector de prueba del Diario El Siglo, entre 1955-1970.
Y a mi abuela Irene Zavala, para que el tiempo no sea una distancia.*

DESHACER EL TIEMPO DESDE EL ARCHIVO

Pensar el tiempo es un intento por tratar de comprender la extrañeza de las cosas que quedan cuando las personas que las habitaron ya no están entre ellas. El archivo se torna, en este sentido, en un lugar de enunciación a partir del cual el pasado “retorna” a nosotros convertido en testimonio de un tiempo y de una existencia, para ser nuevamente presente.

El Archivo de Carlos Ortúzar es un valioso acervo testimonial de un itinerario artístico que no alcanzó a concretarse del todo, quedando interrumpido por una inesperada partida. Hoy, este acervo, da cuenta de una serie de búsquedas artísticas que permanecían en proceso, en progreso, y que hoy se develan como una fuente de descubrimiento de íntimos ejercicios reflexivos sobre el arte, y sobre el sentido que éste tuvo para la vida del artista.

Asimismo, estos registros materiales expresan una lúcida comprensión de la finitud de la propia existencia. Es como si a través de la organización que el artista le dio a estos materiales, hubiese tenido el oculto presentimiento de su efímero presente, y que algún día estas anotaciones; cotidianas, sin discurso, sin pretensiones y sin final, susurrarían en un futuro, voces de un tiempo utópico.

Papeles, croquis, dibujos, cartas, boletas, direcciones, cálculos, cronologías, permiten levantar no solo la historia del artista, sino la historia política y cultural de una época. Así, el archivo se torna a la vez rostro y rastro, en cuyas materialidades se expone la huella de un tiempo ido: el papel mantequilla, el lápiz mina, el cuaderno de croquis Torre, las carpetas de cartón, la revista Ercilla, el papel de diario El Sur, dejan entrever tanto las estéticas, como los conflictos de una época: los intentos por superar la técnica, la carrera espacial durante la Guerra Fría, la llegada del hombre a la luna, cuestiones que eran tan fascinantes para nuestro artista.

El archivo es lo que queda, cuando quien lo produjo ya no está, es un lugar donde encontrar respuestas, pero también es el lugar de la pregunta inédita, de la duda que se deja aparecer, entre medio, por donde no había un camino señalado. El archivo permite reflexionar sobre las formas hegemónicas de producción de la historia y sobre cómo ésta se escribe desde

un sesgo: ya sea político, cultural, estético, de género, pero siempre proveniente del poder; del poder de quien escribe, del poder de la institución, del poder del lenguaje, del poder de la edición, que define o determina qué es lo que se incluirá dentro de lo que llamamos “La Historia del Arte”.

Recuperar el archivo se convierte entonces en un territorio de resistencia, en un lugar donde encontrarnos con ideas que alguna vez tuvieron lugar, de encontrarnos con otros pensamientos, con otras formas de ver, con ideas marginales que pasaron inadvertidas y que quedaron fuera de la “Historia”.

Así, la conformación de este archivo tiene –al menos para mi– un enfoque crítico, pues pretende ampliar la discusión sobre la obra de Carlos Ortúzar, o al menos redimensionar los alcances que ésta podría tener en el desarrollo del relato de la historia del arte chileno.

Por ejemplo, podríamos preguntarnos: ¿Cómo se entendería la historia de la representación del cuerpo en la escultura chilena, si hubiéramos conocido la escultura de Frank Nurmi o las cabezas de Apolo? ¿Habría operado la obra de Ortúzar como un referente para otras generaciones si no solo hubiésemos atendido en su espesor geométrico-abstracto? ¿Leeríamos el trabajo de Ortúzar, solo desde una perspectiva minimalista o constructivista si a esa lectura integráramos la visión sensible que se cuela en sus declaraciones, como por ejemplo, en una anotación marginal, que se encuentra en los objetivos del curso de volumen realizado para la Universidad de Chile:

“El hombre, la luz, el espacio, el tiempo, el planeta, el agua, el aire, el alimento”¹.

O cuando en los 80, le preguntaron:

¿Con su arte, qué propone comunicar?

“Mis sensaciones frente a la vida, al cosmos, al planeta, al espacio, al horizonte, a la luz, al verde de las plantas, al sol”².

¹ Carlos Ortúzar. Anotación marginal. Programa Taller de Volumen, Forma y Espacio. Sin fecha. Universidad de Chile. Archivo Carlos Ortúzar.

² Carlos Ortúzar. Gran Premio Salón Sur. Serenidad y Placidez en el arte de Ortúzar. Diario EL SUR. Concepción, domingo 31 de octubre de 1982. Archivo Carlos Ortúzar.

El archivo permite así, re-elaborar nuestra propia visión, nuestra propia versión de los hechos y de la realidad, nos permite correr nuestro propio sesgo.

Señala el filósofo Sergio Rojas:

¿Qué es la verdad de la memoria cuando ingresamos en ella escribiendo? No hay memoria sin escritura, porque de lo que se trata es de articular fragmentos, generando un tejido donde acontecimientos, rostros y situaciones parecen auxiliarse entre sí para hacernos sentir que el pasado está todavía ahí³.

Este es el valor que para mi como historiadora contiene el archivo, generar la posibilidad de mirar hacia atrás, de devolvernos y darnos la vuelta, de ir juntando fragmentos a través de la escritura, para construir nuevos relatos, desde otros lugares. De ir deshaciendo el tiempo, para acortar la distancia entre pasado y presente. Como en la obra de la cinta de moebius de Lygia Clark, donde El antes es el después⁴.-

Marcela Ilabaca Zamorano.
Santiago, 17 de marzo de 2022.

³ Sergio Rojas. *Tiempo sin desenlace. El pathos del ocaso*. Santiago: Sangría, 2020, 394.

⁴ En: Suely Rolnik. *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2019, 35.